**Encarnando el Ser de Dios en Nosotros para Ser Misericordiosos**

"¡Jesús es caro!" dijo alguien en una reunión que asistí mientras se discutía el costo de los crucifijos. Ciertamente, Jesús no es caro; ¡algunos crucifijos lo son! *Dios es generosamente misericordioso y su ser misericordioso es el don de su propio Ser por nosotros.* Esto podría significar que la misericordia no es como un dulce que Dios tiene en "sus bolsillos" (como algo fuera de sí mismo) listo para dárnoslo cuando le desobedecemos de manera que "nos sintamos bien nuevamente;" más bien, *la misericordia es el regalo de Dios mismo en su amado Hijo Jesucristo para sanar nuestra humanidad herida y restaurarla al lugar que debería de estar.* Por lo tanto, la misericordia es parte de la naturaleza de Dios, en lugar de simplemente "algo" fuera de sí mismo.

Nosotros también estamos llamados, por Jesús,  a *"ser* misericordiosos como [nuestro] Padre *es* misericordioso," (Lucas 6:36) en lugar de solamente *tener* misericordia como "algo" fuera de nosotros mismos. Esto podría significar, para nosotros, *"encarnar" la misericordia de Dios en nuestro ser al permitirle a Jesús sanar nuestra miseria, y al hacerlo, convertirnos en sanadores de la miseria de los demás de la misma manera que Dios ha sido con nosotros.* Puede ser que descubramos que nuestra buena pero limitada disponibilidad es insuficiente para ser misericordiosos, y que podemos llegar a *ser* misericordiosos con los demás, con nosotros mismos y con la creación sólo por los méritos de Jesucristo en la Cruz trabajando en nosotros.

¿Tiene nuestro ser—mente, imaginación, voluntad, alma, emociones y cuerpo heridos por el orgullo y la auto-determinación—la necesidad de ser sanado? ¿Es difícil ser compasivo, especialmente cuando el resentimiento, la ira y la desesperación se han convertido en parte de lo que somos? ¡Sí, lo es! Pero, permitámosle a Jesucristo trabajar en nosotros, especialmente a través de los Sacramentos y en la comunidad de fe, de modo que podamos ser sanados y capacitados para ser misericordiosos como el Padre lo es, incluso contra toda racionalidad o en las situaciones más dolorosas.

Dios anhela sanar nuestro ser con su propio Ser para que podamos ser, auténticamente, misericordiosos. ¿Anhelamos también nosotros sanar a otros con la misericordia que hemos encarnado? Una encarnación en la cual Dios—en Jesucristo—y nosotros somos uno. Una unidad que no nos hace idénticos a Dios; sino que nos permite compartir en su vida divina.